



Orlando Hernández y Ajubel

No puedo reírme de Ajubel

Debo tener algún problema grave con la risa, pero no puedo reírme de Ajubel. Por más que quiero, me sale una risita oscura, fingida, sin alegría. O a veces una risotada de hiena. Violenta. Feísima. Yo que siempre he tenido una risa fácil, sabrosa. Que normalmente me río solo como un bobo, soñando. No sé qué me pasa. No sé si es la boca o la mente, pero en mis dos principales "zonas de defensa" se me forma una especie de mueca peligrosa. Esa cosa torcida o recta según la temporada, que disimulo bastante bien gracias al uso adecuado del bigote, y por supuesto, del silencio.

El caso es que mirando estos magníficos dibujos de Ajubel me acuerdo de un montón de cosas. De un montón de gentes. Cosas y gentes con demasiados nombres y apellidos. Y lo que empieza a salirme primero es un grito. Un chillido. Y luego, aunque lo aguante, un vómito. ¿Por qué voy a reírme? De verdad, no le veo la gracia.

Nunca he podido reírme del hombre que se mata tirándose desde la rigidez de su vida, de su tiempo, de su sistema. Más bien me da pánico y tristeza. Me apena y me avergüenza el que tiene que hablarle en secreto a su oreja, escondiendo la verdad como si fuera un delito. Metiendo su opinión bajo la capa de su miedo. ¿Cómo voy a reírme del que tiene que dispararle a su cabeza, a sus ideas, como si fueran enemigas? En serio, no le veo el chiste. Me aterra y me asquea.

Creo que el Flaco debió invitar a un tipo más gracioso para esto. O más sabio. O más tonto. Quizás a un filósofo. A un alto dirigente. A un humorista. Un sofista o un cínico podrían explicarlo mejor. Mirando sus dibujos veo al que carga una máscara más grande que sí mismo y todavía me asusto. No acabo de acostumbrarme al carnaval, al teatro, a la farsa. Veo al que ríe acá abajo conmigo como si fuera mi compañero y un poco más arriba se pone serio y me ordena y me ruge. (¿Tendré siempre que decirle compañero? ¿No habré entendido bien al Ché?) Veo con lástima y con rabia a los que gritan junto al teléfono cortado y me asfixio. (¿No íbamos a mantener, así en la guerra como en la paz, las comunicaciones? ¿Podré decirte todo lo que pienso?) Veo a los optimistas tratando de llevar la cabeza a su sitio y me angustio. No puedo menos que acordarme de Sísifo.

Pero yo debo estar enfermo. Debía hablar esta noche de arte. Del arte de Alberto Morales Ajubel. Mirar sus enormes creyones y tratar de entender y decir lo que veo. Ese parece ser mi oficio. Veo a Adán y a Eva cubriéndose el rostro en vez del sexo y pienso que nuestro verdadero pecado original es la simulación, la mentira. Veo al que salta y sostiene sus propios obstáculos y pienso que quizás es por eso que esta carrera ha sido tan sofocante, tan larga.

Le prometí a Ajubel que iba a compararlo con Goya y lo cumplo. Mira tú cuántos desastres, cuántos caprichos, qué cantidad de disparates. Pero no estoy hablando claro. En realidad quería decir que de tanto reírnos nos han salido arrugas. Que a todos se nos ven "patas de gallo" bajo el maquillaje. Y que, hoy por hoy, el arte de Ajubel me parece la peor de las mascarillas. Arte desenmascarador. Conflictivo. Es decir, revolucionario.

Y ahora, disculpen si esto parece una encerrona, pero tenemos orientado que en unos segundos se arroje al mar toda la fuerza inútil de este viejo Castillo, se alcen todos los puentes y se proclame esta hermosísima exposición de Ajubel como Unidad Modelo del Centro Artístico Experimental

para el Mejoramiento de la Ideología. El que se ría en falso está jodido. Todo está lleno de videos, micrófonos y espías. Toda risa es un síntoma. Así que ríase. Libremente. Robe cámara. Ese es problema suyo y de su conciencia. Pero le advierto que frente al bellissimo dibujo que es todo un monumento al otoño, tenga un poco más de cuidado. Trate de no hacer ningún gesto. Diga que en Cuba no hay otoño y siga. Un verdadero monumento no se cae a pedazos.

Por último, no le diga a nadie que no entendió los chistes, que son muy filosóficos, polisémicos, herméticos, traumáticos. Que pueden interpretarse así o asao. Usted lo entiende todo, compadre, no sea zorro. Es por eso que estamos como estamos.

Orlando Hernández

La Habana, Octubre de 1988

Texto leído durante la inauguración de su exposición en el Castillo de la Fuerza. **Inédito.**